

# Ya es posible HABLAR DE PAZ en Afganistán

El acuerdo entre los talibanes y EEUU, respaldado por el gobierno afgano y la comunidad internacional, abre una puerta a la esperanza

**H**AY más incertidumbres que certezas. Más recelos que confianza, pero lo que nadie puede negar es que por primera vez en más de 40 años —edad que no alcanzan ocho de cada diez de sus habitantes— en Afganistán se están consolidando las balizas que señalan el camino hacia el fin de la violencia. Han sido necesarios muchos años de negociaciones, de esfuerzo conjunto y sacrificio del pueblo afgano y de la comunidad internacional (la OTAN y la ONU han desplegado sucesivas misiones) para encauzar un proceso de reconciliación que parece firme. El pasado mes de febrero, los Estados Unidos y los talibanes suscribieron un acuerdo en *Leap Day* (Doha, capital de Qatar) por el que Washington se comprometía a retirar la mayoría de los 14.000 soldados desplegados en el país asiático a cambio de que los integristas dejen de actuar como santuario para grupos vinculados a *Al Qaeda*, reduzcan la violencia e inicien un proceso de diálogo inter afgano que ponga fin a la guerra civil. Como primer paso de buena voluntad,



El representante especial de EEUU para Afganistán, Zalmay Khalilzad, y el líder talibán, el mulá Abdul Ghani, el 29 de febrero.

ambas partes se comprometieron a la liberación de prisioneros.

También el 29 de febrero se celebró en Kabul un simbólico acto que quiso otorgar el protagonismo que se merece al legítimo gobierno afgano. El presidente de la República Islámica de Afganistán, Ashraf Ghani y el secretario de Defensa de Estados Unidos, Mark Esper, ofrecieron una declaración en la que respaldaban el acuerdo y

se comprometían a ofrecer su mano para iniciar negociaciones que conduzcan a «un acuerdo de paz duradero». El comunicado conjunto afirma, asimismo, que «la coalición internacional completará la salida del resto de sus fuerzas en Afganistán dentro de los 14 días siguientes al anuncio de esta declaración... siempre que los talibanes cumplan sus compromisos». Al acto asistieron también el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, y el comandante de la misión aliada en Afganistán *Resolute Support*, (RSM por sus siglas en inglés), el general estadounidense Austin Miller.

«Esta es una victoria para la paz y una victoria para el pueblo afgano (...). Afganistán es un país muy diferente hoy que en 2001. He visto esta transformación, de la desesperación a la esperanza, impulsada por un profundo deseo de paz reflejado en los ojos de todos los afganos que he conocido», afirmó Stoltenberg. También ese mismo día, el Consejo Atlántico emitió desde Bruselas un comunicado en el que reafirmaba «el compromiso de la OTAN con Afganistán y

el continuo apoyo a las Fuerzas de Defensa y Seguridad Nacional de Afganistán (FDSN). Nuestro compromiso es trabajar con el pueblo y el gobierno afganos para apoyar los próximos pasos hacia la paz».

Por su parte, la Unión Europea también manifestó su satisfacción por los pasos dados y reiteró su voluntad de ayuda a los ciudadanos de Afganistán. Tal y como reclamó el Alto Representante de la UE para la Política Exterior y de Seguridad en un artículo publicado en varios medios europeos «aunque nadie está obligado a lo imposible, nos jugamos mucho en Afganistán y tenemos que seguir movilizados. La paz de Afganistán es nuestra propia paz».

### RECONCILIACIÓN NACIONAL

Por ahora, y a pesar del evidente parón que han supuesto los efectos del COVID-19, las cosas siguen su delicado curso. Las conversaciones interafganas exigían una cierta estabilidad política y, aunque precaria, se consiguió tras el pacto firmado el 17 de mayo entre el presidente Ashraf Ghani y su hasta ahora rival, Abdullah Abdullah, para encajar y aceptar el papel de uno y otro en el nuevo Gobierno. Abdullah, que quedó segundo en los comicios de septiembre, será el responsable de gestionar el proceso de paz con los talibanes y la mitad de los puestos del gabinete serán para su equipo electoral. Ghani resultó ganador con algo más del 30 por 100 de los votos en las elecciones del pasado mes de febrero con tan solo unas décimas de ventaja sobre Abdullah, quien, hasta ahora, había rechazado el resultado por irregularidades.

Respecto a la violencia y el número de ataques los datos son, cuando menos, alentadores: según el informe emitido a comienzos de mayo por la misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán (UNAMA), los muertos civiles por actos violentos durante el primer trimestre de 2020 fueron 1.239, lo que supone una disminución del 29 por 100 en comparación con el mismo periodo de 2019 y la cifra más baja desde 2012. El mayor número de víctimas se atribuye a grupos antigubernamentales: 39 por 100 a los talibanes, el 13 por 100 al *Daesh* y el resto a grupos por determinar. Por su parte, las fuerzas gubernamentales fueron respon-



Mark Esper, Jens Stoltenberg y los responsables del gobierno afgano —el jefe del ejecutivo, Abdullah, y el presidente Ghani— el 29 de febrero en Kabul.

sables del 32 por 100 de los fallecidos. También los resultados de los análisis que semanalmente realiza *Armed Conflict Localization and Event Data Project* (ACEDD), uno de los más prestigiosos *think tank* norteamericanos indican que, tras el acuerdo con los talibanes, se ha producido una reducción significativa en el número de actos violentos en todo el país.

No hay duda de que el acuerdo suscrito el pasado febrero en Doha —para el que han sido necesarios diez años de negociaciones— es quizás la prueba más evidente de que es posible reescribir el mañana afgano. Pero con cautela. El preámbulo al compromiso ya delata la fragilidad inherente al mismo y los recelos de unos y otros: en primer lugar deja claro que no es un acuerdo de paz, sino «para traer la paz» y, luego, define textualmente a uno de los firmantes con el circunloquio de

*La retirada  
americana está  
condicionada al  
fin de la violencia y  
a la reconciliación*

«Emirato Islámico de Afganistán, que no es reconocido por Estados Unidos como un Estado y es conocido como el talibán». El pacto fue firmado por el representante especial de Estados Unidos para la Reconciliación, Zalmay Khalilzad, y el líder talibán el mulá Abdul Ghani Baradar (que en los años 80 combatió contra los soviéticos en uno de los grupos muyahidines financiados por Washington y fue uno de los cofundadores del grupo integrista). Entre los testigos y en primera fila, el secretario de Estado norteamericano, Mike Pompeo, como protagonista de una puesta en escena milimétricamente estudiada: unos y otros estaban sentados juntos y cada cual con sus atuendos identitarios. Pompeo reconoció que lo logrado hasta el momento «no es perfecto, pero los talibanes han demostrado que pueden ser pacíficos cuando quieren», y puntualizó que «habrá tentaciones de declarar la victoria, pero la victoria para EEUU será cuando sus ciudadanos no tengan que temer ya ninguna amenaza de ataques desde Afganistán». Por su parte, el representante talibán calificó el evento como «histórico».

A comienzos de marzo, Estados Unidos inició el repliegue de sus tropas —el pacto dice textualmente que reducirá sus efectivos a 8.600 en los 135 días posteriores a la firma— y, tanto los talibanes como el gobierno afgano,



Gregory Brook/US Army

Un *marine* norteamericano a bordo de un *Chinook CH-47F* observa una carretera en el desfiladero de Khyber, en la frontera entre Afganistán y Pakistán

han iniciado el intercambio de prisioneros. El compromiso de Doha fijaba en 1.000 los miembros de las fuerzas de seguridad afganas y en 5.000 los milicianos que debían ser excarcelados como muestra de buena voluntad por las dos partes. Y, tras varios tira y afloja y dilatando los plazos, los intercambios se están produciendo.

## GUERRA Y PAZ

La ONU considera el conflicto afgano «el más letal del mundo». En los últimos veinte años, han muerto en Afganistán 3.500 soldados occidentales y más de 150.000 afganos. «Apenas hay ningún civil en este país que no haya sido afectado personalmente por la violencia», ha asegurado recientemente el representante especial de la ONU para el país asiático, Tadamichi Yamamoto. Afganistán está en guerra permanente casi desde el principio de los tiempos; no en vano se ha dicho que es una «tumba de imperios». Su gente lleva siglos batallando contra los invasores exteriores —su ubicación estratégica y sus recursos lo convirtieron en el campo de batalla del *Gran Juego* que todos anhelaban— y contra sí mismos entre tribus y señores de la guerra. Y los talibanes (en el poder desde 1996) fueron quizás el ejemplo más claro de hasta dónde puede llegar el horror y el sin sentido. La intervención internacional tras el 11-S terminó con su Emirato Islámico y con su fanática dictadu-

ra. Primero en Kabul y, poco a poco, en las zonas más remotas y rurales, la llegada de la democracia —a pesar de la corrupción y la casi endémica crisis económica— ha traído un soplo de aire fresco y una oportunidad de vida para las gentes del país más pobre de Asia. Su población (son 38 millones) puede votar y decidir, se han abierto claros espacios de libertad y las mujeres han recuperado sus derechos y su dignidad: pueden trabajar y crear sus propios negocios, hay escuelas seguras ocupadas por nueve millones de estudiantes, la mayoría niñas, y una cuarta parte de los escaños del recién elegido parlamento está ocupado por mujeres. Y las fuerzas de seguridad afganas están cada vez mejor preparadas para mantener la estabilidad.

Pero no va a ser fácil. Según un reciente informe del *Crisis Group*, los talibanes y otros radicales islamistas tienen una fuerte presencia en algo más del 50 por 100 del territorio afgano. La gran

*Un informe de la ONU alerta del aumento de la presencia de Al Qaeda*

duda es, todos coinciden, si las remotas zonas de este país asiático dejarán de ser de una vez por todas un santuario para yihadistas. Y, también, hasta dónde pueden o no los talibanes controlar decisiones o actuaciones de las células de *Al Qaeda* o *Daesh* instaladas en el país.

El último análisis de las Naciones Unidas sobre Afganistán —el 11º informe del Equipo de Apoyo Analítico y Vigilancia de las Sanciones—, remitido por carta fechada el 19 de mayo al Consejo de Seguridad, aporta datos, cuando menos, preocupantes. En concreto, el informe afirma que *Al Qaeda* «está ganando fuerza silenciosamente en Afganistán mientras continúa operando con los talibanes bajo su protección». Asimismo, indica que los muyaidines afganos y el grupo que lidera Ayman Al Zawahiri han mantenido reuniones periódicas en 2019 y comienzos de 2020 sobre temas de cooperación en planeamiento de operaciones y entrenamiento, además de pedir refugio seguro para miembros de *Al Qaeda*.

La carta detalla que el grupo terrorista fundado por Osama Bin Laden está operativo de manera encubierta en doce provincias afganas (Badajshán, Ghazni, Helmand, Jost, Kunar, Kunduz, Logar, Nangarhar, Nimruz, Nuristán, Paktiya y Kabul) y asegura que cuenta con entre 400 y 600 elementos armados en el país. Tras la muerte en Afganistán del líder de la denominada *Al Qaeda en el Subcontinente Indio* en octubre de 2019, el jefe de la inteligencia de los talibanes, Hamidulá Ajunzada, dio órdenes a sus muyaidines para que facilitaran los movimientos del grupo terrorista en las regiones del sur y el este del país. Naciones Unidas informa también de que algunos líderes de la *Red Haqqani* —la facción más combativa de los talibanes— no aceptan el acuerdo firmado con EEUU y se han producido contactos entre ellos para formar una nueva unidad con unos 2.000 milicianos financiados por *Al Qaeda*. Esta nueva unidad se dividiría en dos zonas operativas al mando de un líder de la *Red Haqqani* y con combatientes en las regiones afganas de Jost, Logar, Paktiya, Kunar y Kuristán.

Tampoco aporta datos muy esperanzadores otro reciente análisis del *Institute for The Study of War* (ISW) al afirmar que los principales señores de la

## La Alianza Atlántica mantiene su compromiso con el pueblo afgano y reducirá su presencia si la situación lo permite

guerra afganos han comenzado a prepararse ante un posible rebrote de la guerra civil. Según los informes remitidos por sus gentes sobre el terreno, los líderes tayikos, uzbekos y hazares están tanteando fórmulas para movilizar a sus comunidades étnicas y sus todavía fuerzas fieles. Entre ellos, el general uzbeko Abdul Rashid Dostum, jefe de la Alianza del Norte y uno de los aliados más importantes de la coalición internacional en la guerra que puso fin a la dictadura talibán.

### TRABAJO ALIADO

La Alianza Atlántica ha insistido una y otra vez en su sólido compromiso con el pueblo afgano. Ya en la Cumbre de Bruselas de julio de 2018, los jefes de Estado y Gobierno se comprometieron a mantener su misión en Afganistán «hasta que las condiciones demuestren que la situación ha cambiado». Tras la reunión de ministros de Defensa del pasado 18 de junio que tuvo la misión de Afganistán como uno de sus temas protagonistas, el secretario general de la Alianza, Jens Stoltenberg, valoró positivamente los avances conseguidos pero condicionó las decisiones aliadas a la consolidación del proceso de paz: «Hemos visto pasos importantes. Hay cierta reducción de la violencia y no hay ataques contra la OTAN ni las fuerzas estadounidenses, pero, al mismo tiempo la situación en Afganistán sigue siendo frágil, difícil y hay muchos obstáculos que superar. Apoyamos firmemente los esfuerzos de paz, pero tiene que ser un proceso de propiedad afgana y dirigido por afganos... En este momento, la OTAN está valorando cómo podemos apoyar mejor los esfuerzos de paz ajustando nuestra presencia».

En este sentido, el máximo responsable de la Alianza incidió en que «necesitamos ver que los talibanes están rompiendo lazos con *Al Qaeda*. Necesitamos una demostración más fuerte y más firme de esto. Necesitamos ver una reducción de la violencia. Y, por supuesto, necesitamos el inicio de las negociaciones intra afganas. Por ello, los aliados vamos paso a paso, monito-

rizamos la situación sobre el terreno y, en base a los acontecimientos, tomaremos las decisiones oportunas para adecuar el trabajo y la cuantía de nuestros efectivos».

La *Resolute Support Mission* actualmente está integrada por 16.000 efectivos (de ellos 70 españoles) de 38 países aliados y socios. Debido al COVID-19 algunos efectivos se han replegado ante la imposibilidad de realizar sus cometidos. Opera bajo un mando central en

zas de Defensa y Seguridad Nacional de Afganistán (FDSN) y las instituciones afganas. Su mandato y despliegue se realizó a petición del gobierno de Kabul bajo el marco legal del Estatuto del Acuerdo de Fuerzas (SOFA) firmado en septiembre de 2014 y con el respaldo de la resolución 2189 adoptada por unanimidad por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Siempre adaptada a las necesidades del gobierno de Afganistán y su capacidad



Con la intervención internacional, la población afgana ha ido recuperando la normalidad de una vida en paz. En la foto, una calle de Qala-i-Naw.

Kabul/Bagram y cuatro distritos territoriales. De manera complementaria a la RSM y para fomentar el diálogo político y la cooperación que facilite la consolidación democrática, la Alianza creó la Asociación Permanente OTAN-Afganistán.

La misión *Resolute Support* se lanzó en enero de 2015 una vez que las condiciones de seguridad y la pacificación del país permitieron poner fin a la anterior operación de la OTAN en este país, la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad para Afganistán (ISAF). Se trata de una misión de adiestramiento, formación y asesoramiento a las Fuer-

para que las FDSN sean capaces de garantizar por sí mismas la paz y la seguridad de sus ciudadanos, la OTAN y el ejecutivo afgano acordaron en 2017 una hoja de ruta para que, en un plazo de cuatro años, los efectivos internacionales se fueran reduciendo. Esta hoja de ruta centraba sus objetivos en conseguir que las nuevas fuerzas de seguridad afganas dispusieran de un Estado Mayor con liderazgo, capacidades de combate (con especial énfasis en unidades de operaciones especiales y fuerza aérea), un mando centralizado y evitaran la corrupción.

Rosa Ruiz